

CAPÍTULO III

EDAD MEDIA—ÁRABES—REPÚBLICAS ITALIANAS—LIGA ANSEÁTICA

Carácter del comercio en la Edad Media.

N la Edad Media, el único hecho verdaderamente nuevo que presenta la historia del comercio, es la parte activa que toman en él todas las comarcas bañadas por el Atlántico y la Europa septentrional, poco conocida en la antigüedad. Los procedimientos, los caminos, la naturaleza misma del comercio cambian poco; el Mediterráneo continúa siendo el desembocadero de los productos de la India y del Oriente, á la vez que el centro de la actividad comercial; la industria y el crédito comienzan tímidamente á estenderse, y los grandes perfeccionamientos aplicados á la navegacion preparan poco á poco los grandes descubrimientos marítimos y la revolucion del siglo xvi.

Resultados de las invasiones germánicas.

Gran perturbacion produjeron en las relaciones sociales las invasiones germánicas del siglo v y vi; mas esta no fué tan general ni tan brusca como se cree vulgarmente. La sociedad romana cayó, es verdad, pero no cayó de golpe; el régimen municipal, las corporaciones, las costumbres de la vida romana se mantuvieron por mucho tiempo en todos aquellos pueblos, como España, Italia y la Galia meridional y central, donde la dominacion romana tuvo tiempo de echar profundas raíces.

Los mismos bárbaros se avinieron muy pronto á las costumbres de los pueblos que habian vencido: las alhajas, las armas preciosas y las ricas telas sometieron la imaginacion y embargaron la mente de aquellas razas semi-salvajes, que se enamoraban de todo lo que brilla. El comercio naturalmente languideció, pero no murió.

Veinte años despues de la conquista, los vándalos cubriense con tejidos de oro y seda; los godos se aficionaban al lujo y la esplendidez; los francos bebían en copas cinceladas los vinos de Chipre é Italia; Cartago y Marsella seguían recibiendo las riquezas de Oriente; en muchas capitales de España se establecian mercaderes y negociantes hebreos; en Paris mismo todo un barrio estaba ocupado por mercaderes judíos y sirios; en fin, el imperio griego, que en parte habia escapado á la invasion germánica, habia conservado su lujo y sus riquezas; Alejandría continuaba siendo el emporio de las mercancías de la India, y Constantinopla con su bellísima situacion, sus innumerables habitantes y su córte suntuosa, se atraía la doble corriente del comercio oriental, cuya direccion no habia cambiado desde la época fenicia.

Resultados de las invasiones árabes.

El Oriente tuvo tambien, como el Occidente, su revolucion, pero la conquista árabe quebrantó mucho más las sociedades orientales que la conquista germánica habia quebrantado la Europa. Desde Alejandro, el establecimiento de los griegos y de los romanos en Egipto

habia perturbado mucho el comercio árabe en el Oceano Índico. Esta raza inquieta y fanática se habia concentrado en sí misma, malgastando su actividad en guerras intestinas, que ofrecían al lado del espíritu caballeresco los instintos del robo innatos en las razas nómadas.

El profeta del islamismo, Mahoma, dió á los árabes lo que les faltaba, la unidad; arrasados por el doble entusiasmo del proselitismo y de la conquista, cayeron sobre el Oriente, hicieron retirar los griegos hasta el Bósforo, conquistaron el Egipto, arruinaron á Cartago, que volvía á ser romana despues de la caída del imperio de los vándalos, pasaron á España, donde despues de arruinar con estruendo el imperio de los godos, se vieron perpétuamente acosados por los restos del pueblo español, que no les permitió estender mas sus dominios hácia el norte de Europa.

La rudeza y el fanatismo de estos nuevos conquistadores no tardaron en borrarse con el contacto de otros pueblos cuyo carácter era más suave y que estaban más civilizados; así es, que en menos de medio siglo se extendió, desde las márgenes del Indo á las del Nilo y del Tajo, una civilizacion original, esplendorosa, brillante, pero sin raíces; semejante á aquellas plantas delicadas que florecen y mueren en un mismo día.

El Califato de Córdoba.

En España, sede del califato de Córdoba, único pueblo donde la civilizacion árabe dejó huellas duraderas de su existencia, los puertos de Sevilla, Málaga, Almería, Valencia y Barcelona llegaron á ser los grandes y casi únicos depósitos del comercio que se extendía por todas las costas del Mediterráneo.

Era muy importante en España la producción de los cereales, merced al admirable sistema de riego; y los vinos, los aceites, los árboles frutales, la caña de azúcar, los dátiles, el algodón y las moreras aumentaron rápidamente el comercio y las riquezas de España. Además, eran célebres, como lo son aun hoy día, las armas de Toledo, los cueros de Córdoba, las fábricas de tejidos de algodón y de seda de Granada y Murcia, el papel de algodón de Játiva: todos estos productos adquirieron entonces justo renombre en toda Europa, demostrando que desde muy antiguo nuestra península puede distinguirse por su industria, puesto que sus naturales han demostrado siempre superiores condiciones para el trabajo en sus más bellas manifestaciones. ¡Lástima que por mal entendidas teorías se pregone que España debe ser solamente agrícola!

Aun hoy día se descubren en ciertas comarcas de la península ibérica las huellas de aquel período de grandeza y prosperidad comerciales. Las industrias y oficios que se implantaron en España durante la época árabe, fueron el principio de una actividad industrial que más adelante habia de desarrollarse más y más. Pero por desgracia, cuando el espíritu industrial y mercantil se habian arraigado firmemente en España, vino el deseo y afán de conquista con el descubrimiento de América, y esto nos hizo despreciar el comercio y la industria.

Los países berberiscos y el Egipto.

Tánger, Trípoli, Tunez y Benghazí son otros tantos puertos que en África han reemplazado á Cartago y Cirene arruinados para siempre; Damietta y Alejandría, los dos vastos puertos del Egipto, siguen siendo entonces el depósito del comercio de la India, cuyo camino por el mar Rojo es muy frecuentado.

Por las costas del África oriental, los árabes pasaron los límites del comercio griego y romano, y fundaron establecimientos en Zanzibar y Mozambique, y tal vez en Madagascar.

Las caravanas árabes en el África central.

Mientras los barcos atravesaban el Mediterráneo y el Océano Indico, los misioneros y los mercaderes musulmanes volvían á recorrer los caminos abiertos por las caravanas cartaginesas y abandonados durante los desórdenes de los siglos v y vi: en el litoral del Mediterráneo, en esa fértil comarca, que se extiende entre el mar y el Atlas y que llaman Tell ó Riff, existían grandes ciudades comerciales á la par que industriales; Marruecos y Fez con sus fábricas de tejidos, cueros labrados, etc., eran puntos de partida de las caravanas que iban á Tombuctú y las márgenes del Níger á buscar las gomas, plumas de avestruz, polvos de oro y esclavos negros: en las orillas del Nílo, la ciudad musulmana del Cairo desempeñaba el mismo papel que Tebas y Menfis, siendo el verdadero emporio y depósito del comercio de la Nigricia; al mismo tiempo Sennaar y Dongola, heredaban el tráfico de la antigua Meroe, la metrópoli de la Etiopía, y las caravanas salidas de Zanzibar ó de Mozambique penetraban hasta las misteriosas fuentes del Nílo, llegando á los grandes lagos del África interior.

Califato de Bagdad.—Comercio árabe en Asia.

En Asia, lo mismo que en África, los árabes, dueños de todos los caminos del comercio de la India y del extremo Oriente, habían reemplazado á los romanos. Bukhara y Bagdad eran la residencia de los Califas; la ciudad de las mil y una noches se había engrandecido sobre las ruinas de Bactra y Babilonia; la Meca, capital religiosa del islamismo, atraía cada año millares de peregrinos que salían de todos los puntos del imperio musulmán, y que en su gran mayoría se dedicaban al comercio al mismo tiempo que cumplían la sagrada peregrinación al sepulcro de su profeta.

Barcos tripulados por atrevidos marineros, que habían tomado de los chinos el uso de la brújula, salían de Basora, la embocadura del Chatelarab, de Mascate á la entrada del golfo Pérsico, de Moka, á orillas del mar Rojo; iban á buscar á las Indias, á la Indo-China, á Java y Sumatra, las mercancías que traían despues directamente á Suez, ó bien que desde Basora, y remontando el Tigris, llevaban á Bagdad.

Las caravanas en Asia.

También de Bagdad y Mosul salían caravanas que recorrían á paso más lento pero más seguro el mismo camino de los babilonios y de los persas, Kirmanschá, Hamadan, Herat, Candahar y Gazna, yendo á buscar las mercancías de la India y de la China, amontonadas en Delhi, Lahore, Cachemira y Bukara. En esta época, como en la de los asirios y seléucidas, el valle del Tigris y del Éufrates era el centro de la civilización, de la industria y del comercio de Oriente. En los mercados de Bagdad se oían todos los idiomas del Asia; en sus gigantescos bazares se veían revueltos todos los productos de su industria, con las ricas alfombras, tejidos de seda y algodón, brocados de oro y plata, piedras preciosas, armas del Korasan, sedas y peleterías de la China, perfumes de Arabia y ámbar del Báltico, con otros muchos objetos. De Bagdad irradiaban infinidad de caminos y carreteras por donde salían en todas direcciones esos innumerables viajeros y mercaderes; al Oeste por el desierto de Siria, íbase á Antioquía, Alepo y Damasco, á los depósitos del comercio del Mediterráneo, cuyos desembocaderos eran Trípoli, Acre ó Ptolemaida, etc.; al Norte hácia el mar Negro y su gran puerto Trebizonda por Mossul Diarbekir, Erzerum; al Noroeste la ciudad de Edeso y los caminos del Asia menor hácia Nicea, Brusa, Esmirna y Satalia por el valle del Éufrates; al Este, en fin, hácia las Indias, el Korasan y el Mavarenar (Turkestan) por Amadan y Herat.

Los valles de Bukara y Samarkanda rivalizaban en actividad y riquezas con Mosul y Bagdad; además de los antiguos caminos de la India, del Thibet, de la China y de Europa oriental, el comercio de Bukara se abrió un nuevo camino por el valle del Oxo á través del mar Caspio, el istmo del Cáucaso y los puertos del mar Negro, donde los barcos griegos iban á buscar los productos asiáticos. El comercio árabe, que dominó en el mar Mediterráneo hasta el siglo xi, retrocedió poco á poco ante la competencia de las repúblicas italianas; pero conservó el imperio del Océano Indico hasta el siglo xvi; y hoy, aun el África y el Asia, no tienen otros caminos comerciales que los mismos por los cuales pasaban á la sazón las caravañas de Bukara y Bagdad.

Europa occidental.—Carlomagno.

Mientras la civilización árabe, brillante aunque efímera, se aumentaba en Oriente, la Europa principiaba á salir del caos de las invasiones germánicas.—Por un momento la mano poderosa de Carlomagno levantó ese imperio de Occidente, cuyo recuerdo había quedado en la mente de los pueblos como un ideal de orden y grandeza. Parecía que en ese viejo pueblo romano la vida iba á renacer á beneficio de otra sangre más joven y más generosa. Las vías romanas fueron arregladas y prolongadas atravesando las selvas de la Germania; y viéndose frecuentadas por infinidad de carros y acémilas y mercaderes, los caudalosos ríos volvieron á ser los grandes medios de transporte para las mercancías; el palacio de Aquisgram recibía á la vez los jefes de los sajones, esclavos y ávaros vencidos por Carlomagno; los diputados del imperio griego, los embajadores de los emires de Fez, de Kairuan, y los del califa de Bagdad Aarun-al-Raschid.

Por desgracia ese renacimiento duró poco. El poder feudal, triunfante, ejerció su autoridad llenando de fortificaciones hasta las más pequeñas aldeas, elevando torres y fuertes en cada colina, á orillas de todo río, cuajando de peajes los caminos y los puentes, y mientras tanto nuevas invasiones llenaban otra vez el territorio; las de los normandos y húngaros, por ejemplo, que hicieron cesar todas las relaciones sociales cubriendo de ruinas la Europa occidental.

Los normandos.

Los normandos, si bien eran intrépidos navegantes, no fueron más que piratas: sin embargo, por su establecimiento en Francia, Inglaterra y Rusia, relacionaron la península escandinava con el resto de Europa, y revelaron la existencia de la Islandia, de la Groenlandia, de Terranova y de la América del Norte, cuyo camino se perdió más tarde.

Las cruzadas y los municipios.

La resurrección del comercio europeo en el siglo xi se refiere á dos importantísimos sucesos: 1.º la recrudescencia del espíritu religioso que admite y sufre los terrores del año mil y que invade toda la Europa, principalmente los pueblos fanáticos y creyentes á la sazón, como el de Alemania é Italia, que empuja hácia Jerusalén millares de peregrinos y que tendrá por último resultado el de las cruzadas; 2.º el renacimiento de los antiguos municipios romanos en el sud de Europa y sobre todo en España, Francia y Alemania, donde la institución de las municipalidades preludia la emancipación del artesano y del comerciante ó mercader, preparando la formación de la clase media.

Las repúblicas italianas.

La Italia, que había conservado mejor las tradiciones romanas y cuya posición en el centro del Mediterráneo ponía en comunicación con el Oriente y Occidente á la vez, vió renacer

hacia el principio del siglo xi la industria y el comercio al mismo tiempo que la libertad. Sesenta años antes de las cruzadas, los barcos de Nápoles, Amalfi y Pisa visitaban ya los puertos de Egipto y de Siria y disputaban á los sarracenos de Sicilia y de África el Mediterráneo occidental. Venecia, fundada en 450 en las lagunas del Piava y del Brenta por habitantes de Aquilea que huían de la invasión de Átila, disputaban el Adriático á los piratas de la Dalmacia, ostentaban por los mares de Levante el pabellon de san Márcos, y obtenían de los emperadores de Constantinopla grandes privilegios.

La grandeza de las repúblicas italianas data del tiempo de las cruzadas, así como la grandeza de las repúblicas griegas nació despues de las guerras médicas. Ese entusiasmo religioso que echó el Occidente contra el Oriente, inició al mismo tiempo á los occidentales en las maravillas de la civilización griega y árabe, fundó el reino de Jerusalen abriendo las puertas de Antioquia, Trípoli, San Juan de Acre, Jaffa y Cesárea á los navíos cristianos, y creó en Oriente y Constantinopla relaciones regulares, las cuales muy pronto tomaron un gran desarrollo. Las tres reinas de Italia, esto es, Venecia, Génova y Pisa, que acababan de arruinar la marina de Amalfi, se repartieron el doble beneficio del comercio y del transporte de los cruzados y peregrinos, que renunciaron desde mediados del siglo xii la via de tierra para seguir la ruta del mar.

Venecia y Génova.

En el año 1204, la conquista de Constantinopla por los venecianos y los catalanes y la fundación de un imperio latino en Bizancio, dieron una gran importancia al comercio de Venecia. Los venecianos, dueños de todos los puertos de Grecia como Durazzo, Patras, Navarin, Malvasia, Nauplia, etc.; dueños tambien de las islas Jónicas, de las Cíclades, Esporadas, de Candia y del Negrepono, se titularon dueños de un *cuarto y medio del imperio griego*, é hicieron del comercio del Mediterráneo oriental un verdadero monopolio. La industria de la seda importada de Constantinopla, la del algodón, del vidrio, de la papelería, y la fabricación de armas hicieron muy pronto de Venecia la primera ciudad manufacturera de Europa, difundándose por las otras repúblicas italianas, Bérgamo, Milan, Brescia, Florencia, Luca, Siena, de las cuales toda Europa solicitaba ávidamente los productos.

El comercio del mar Negro pasó tambien de las manos de los griegos á la de los venecianos, y el litoral se cubrió de establecimientos y factorías de Venecia. En Alexia, á la embocadura del Dnieper, los mercaderes rusos de Kievo traían pieles, lino y maderas de la Rusia occidental; á Tana (Azóff) á la embocadura del Don, llegaban dos grandes caminos del comercio asiático, el que procedía de Siberia por el Kama y el Volga, y además el que saliendo de Bukara se dirige hacia el Norte por el mar Caspio; en fin, á Trebizonda y Sinope, llegaban las caravanas de Bagdad, del Asia menor y el camino que los reyes cristianos de Armenia acababan de abrir al través del Cáucaso para unir el valle del Aras y del Kur al del Rion, el Faso de los antiguos.

En el año 1261, la ruina del imperio latino de Constantinopla y el restablecimiento de una dinastía griega, comprometieron mucho la preponderancia de Venecia en el mar Negro y en el Archipiélago.

Venecia tuvo por entonces una rival temible, Génova, la cual acababa de aniquilar la marina de Pisa, apropiándose con Marsella y Barcelona el comercio del Mediterráneo occidental, y solicitando el apoyo de los griegos, disputó á los venecianos el comercio del mar Negro, fundando á Caffa, en Crimea, una colonia genovesa cuya competencia acabó por arruinar los establecimientos venecianos.

Venecia entonces se dirigió á los puertos de Siria, Egipto y Africa; Alepo, Damasco, Trípoli, Tunéz, Tánger, sedes de otros tantos consulados venecianos, visitados cada año por las flotas de la República, le entregaron á cambio de la plata acuñada ó de los metales corrientes en Europa, las riquezas de la India y de la Nigrícia.

Desde el siglo xiii Venecia mantenía relaciones con Francia y Alemania por vias de tierra. Los alemanes practicaban en Rialto operaciones por un valor anual de un millon de florines de oro. Por los años 1312, una galera veneciana atracó por primera vez en Amberes. Desde mediados del siglo xiv, una flota veneciana visitaba cada año Suthampton y Lóndres, pasando antes por Cádiz, Sevilla y Lisboa, y algunos años mas tarde la bandera veneciana se veía hasta en las costas de Noruega.

Al principio del siglo xv Venecia era dueña del Mediterráneo, cuyo imperio ya no podía disputarle Génova, abatida por sus luchas interiores. Poseía entonces 300 naves de comercio y mas de 30,000 marineros; además, su industria no tenía rival, y en sus almacenes se veían las telas de Flandes, las lanerías de Inglaterra, Francia y Cataluña; los metales de Alemania; algodones de la Siria y del Asia menor; las sedas de Persia, Grecia y China; las especias, las piedras preciosas y el azúcar de las Indias; los cereales del Egipto; los vinos de Chipre y Chío, etc., etc. Podemos decir que ella sola surtía á toda Europa de esas preciosas mercancías de la India y de la China, cuyo uso iba extendiéndose á medida que progresaban el lujo y las riquezas.

España.—Barcelona.

Mientras las poderosas repúblicas de Italia hacían renacer el recuerdo de Atenas y Cartago y adelantaban cada día mas en el progreso y la civilización, los pueblos de Occidente procuraban sacudir el yugo del feudalismo y vencer todos los obstáculos que se oponían al adelanto del comercio y de la industria.

Las continuas luchas que España tenía que sostener contra los moros, absorbieron toda la energía y actividad de sus habitantes. Tan solo Barcelona supo conquistarse una posición envidiable en el Mediterráneo, merced á su hermosa situación, á las producciones naturales de Cataluña toda y á sus numerosas fábricas de paños. Sus barcos, á pesar de la competencia de Génova y Venecia, visitaban los puertos de Levante y mantenía tambien relaciones con los pueblos bárbaros, á los cuales compraba las lanas necesarias para su industria. Era la digna rival de Venecia, y algunas veces la superó en negocios y transportes marítimos.

Francia.—Industria y Comercio.

Desde el siglo xii el comercio de Francia tomó bastante incremento á causa de la persistencia de las instituciones municipales en las ciudades del Mediodía y á la emancipación de los municipios en el Norte.

Muchos de sus productos, como los paños de Tolosa y Carcasona, las telas de Borgoña, etc., eran buscados hasta por los mercados de Oriente, adonde los llevaban los barcos de Barcelona, Génova y Venecia.

La posición de la Francia, entre los dos mares, la hizo un intermediario natural entre los pueblos comerciales del Mediterráneo y el noroeste de Europa; y desde principios del siglo xiii se abrieron por Francia dos grandes caminos que iban desde Italia á Inglaterra, pasando por ese rico país de Flandes cuya industria no tenía rival en el norte de Europa.

Burdeos y la Rochela.

Burdeos y la Rochela fueron mucho tiempo posesiones inglesas; y recibían de Lóndres, Exeter y Bristol las lanas inglesas que pagaban con los vinos y los cereales de la Guyana, del Languedoc y del Poitú, remitiéndolas despues por Agen, Tolosa y Montpellier hasta el Ródano.

La feria de Beaucaire, fundada en 1217, llegó á ser en 1250 uno de los primeros mercados de Europa. Allí acudían los mercaderes de Barcelona, Génova, Venecia, Constantinopla,